

# La Taberna

Emile Zola

📍 Museo del Louvre, París / CARL CAMPOS



**El naturalismo con el que Zola se sumerge en las profundidades de la vida humana, la decisión de reproducir esa realidad de forma objetiva, de retratar unos personajes que no pueden escapar de su destino, el documento social, en definitiva, que supone *La Taberna*, centrada en la vida parisina de finales de siglo XIX, le valieron el calificativo de obscuro y obsesionado por resaltar comportamientos patológicos. Tal vez, la convivencia de su *literatura de la verdad* con los movimientos impresionistas, el cuidado con el que aborda cualquier episodio, como esta visita al Louvre, el valor que otorga a cada gesto, a cada individuo y la humanidad que se desprende es lo que dota de grandeza su obra.**

El señor Madinier no había sugerido nada todavía. Estaba apoyado en el mostrador con los faldones de su frac separados, dándose la importancia propia de un patrón.

Escupió y, revolviendo los ojos, dijo:

- ¡Bueno! podríamos ir al museo...

Y se acarició la barbilla consultando a la comitiva con un parpadeo.

- Allí hay antigüedades, estatuas, cuadros, un montón de cosas. Es muy instructivo... Quizá no lo conozcan ustedes. ¡Vale la pena verlo por lo menos una vez!

La comitiva se miraba, tanteándose. No, Gervaise no lo conocía; la señora Fauconnier tampoco, ni Boche, ni los otros; Coupeau creía haber subido un domingo pero ya no se acordaba. Estaban dudando, cuando la señora Lorilleux, a quien impresionaba mucho la autoridad del señor Madinier, encontró la propuesta muy pertinente y honesta. Puesto que habían sacrificado el día e iban bien vestidos, más les valía visitar algo instructivo. Todos asintieron. Entonces, como todavía llovía un poco, pidieron prestados en la taberna unos para-

guas azules, verdes, marrones, olvidados por clientes; y salieron para el museo. (...)

Se habían internado en la calle Cléry. Luego, tomaron la calle Mail. En la plaza Victoires se detuvieron. La novia tenía el cordón del zapato izquierdo desatado; y mientras se lo ataba, al pie de la estatua de Luis XVI, las parejas se apretujaron detrás de ella, esperando, bromando sobre la parte de pantorrilla que se le veía. Después de haber bajado por la calle Croix-des-Petits-Champs, llegaron al Louvre.

El señor Madinier pidió cortésmente que le dejaran encabezar la comitiva.

Era un sitio muy grande, se podían perder; y él, además, conocía los lugares más bonitos, porque había ido muchas veces con un artista, un joven muy inteligente; al que una importante casa de cartonaje compraba los dibujos para ponerlos sobre las cajas. Cuando la comitiva entró en el museo asirio, sintió un pequeño escalofrío. ¡Caramba! no hacía calor; la sala hubiera servido estupendamente de bodega. Y, con parsimonia, las parejas iban avanzando con la barbilla levantada, parpadeando, entre los colosos de piedra, los dioses de mármol negro callados en su rigidez hierática, las bestias monstruosas, medio gatas, medio mujeres, con sus caras de muerto, la nariz afilada y los labios hinchados. Todo esto les parecía muy feo. Hoy en día la piedra se trabajaba mucho mejor. Una inscripción en caracteres fenicios los dejó estupefactos. No era posible que nadie fuera capaz de leer ese galimatías. Pero el señor Madinier, que ya estaba en el primer rellano con la señora Lorilleux, les llamaba gritando bajo las bóvedas:

- Vengan. Esos chismes no valen nada... En el primer piso hay cosas que ver.

La sobria desnudez de la escalera les devolvió la gravedad. Un magnífico ujier, que llevaba chaleco rojo y librea galonada con oro y que parecía esperarles en el rellano, aumentó su emoción. De manera muy respetuosa, no haciendo apenas ruido, entraron en la galería francesa.

Sin pararse, llenos los ojos del oro de los marcos, siguieron la hilera de pequeños salones, viendo pasar los cuadros, demasiados para fijarse bien. Habría hecho falta una hora delante de cada uno, si hubieran querido comprenderlos. ¡Qué de cuadros, diantres! ¡era algo interminable! ¡Debían de haber costado un dineral! Al final, el señor Madinier les detuvo delante del *Radeau de la Méduse*; y les explicó el tema. Pasmados e inmóviles, nadie decía nada. Cuando se dispusieron a

andar de nuevo, Boche resumió el sentimiento general: era admirable.

En la galería de Apolo, lo que más les maravilló fue el entarimado, claro y reluciente como un espejo, en el que se reflejaban los pies de los asientos. La señorita Remanjou cerraba los ojos porque creía que andaba sobre agua. Dijeron a la señora Gaudron que pisara con tino a causa de su estado. El señor Madinier quería enseñarles los dorados y pinturas del techo; pero les dolía el cuello y no distinguían nada.

(...)

Entretanto, vigilaba la cola de la comitiva. Con un gesto pidió que se pararan en medio del salón cuadrado. Allí no había más que obras de arte, murmuró en voz baja, como en una iglesia. Dieron la vuelta al salón. Gervaise preguntó cuál era el tema de las *Noces de Cana*; hacían mal en no poner en los marcos el tema de los cuadros. Coupeau se paró delante de la Mona Lisa, la cual tenía, según él, cierto parecido con una tía suya. Boche y Bibi-la-Grillade se reían, mientras se enseñaban uno al otro con disimulo las mujeres desnudas; los muslos de Antíope les causaron una profunda impresión. Y, detrás de todos, el matrimonio Gaudron, el hombre boquiabierto y la mujer con las manos sobre el vientre, se quedaron perplejos, conmovidos y atónitos, enfrente de la Virgen de Murillo.

Terminada la vuelta al salón, el señor Madinier quiso que volvieran a empezar desde el principio; merecía la pena.

(...)

El señor Madinier había dejado de hablar, guiaba lentamente a la comitiva que le seguía en orden, con los cuellos torcidos y la vista levantada. Siglos de arte pasaron delante de su asombrada ignorancia, la fina aridez de los primitivos, los esplendores de los venecianos, la vida opulenta y deslumbradora de los holandeses. Pero lo que no paraba de llamarles la atención eran los

copistas, con sus caballetes instalados entre el gentío, pintando despreocupadamente; una señora mayor, subida a una gran escalera, que deslizaba un pincel de encalar sobre el suave cielo de una inmensa tela, les impresionó particularmente. Poco a poco debió correr la voz de que una boda visitaba el Louvre; unos pintores acudieron, partiéndose de risa, unos curiosos se sentaron, tomando la delantera, en las banquetas para presenciar cómodamente el desfile; mientras que los guardias, apretando los labios, reprimían comentarios graciosos. Y la comitiva, cansada ya, iba perdiendo el respeto, arrastraba los zapatos claveteados y hacía ruido con los tacones en el sonoro entarimado, pataleando como un rebaño desbandado, suelto en medio de la pulcritud desnuda y recogida de las salas.

El señor Madinier callaba para conseguir un golpe de efecto. Fue directamente a la Kermesse de Rubens. Seguía sin decir nada, limitándose a señalar la tela con un guiño alusivo. Cuando las señoras tuvieron el cuadro delante de sus narices, lanzaron unos pequeños gritos; luego, se dieron la vuelta, ruborizadas. Los hombres las retuvieron, riendo, buscando los detalles sucios.

- ¡Pero miren! -repetía Boche-, merece la pena pagar para ver esto. Ahí hay uno que vomita... y aquel otro está meando. Y ése, ¡oh! ése... ¡Ya, ya, la gente de aquí es fina!

- Vámonos -dijo el señor Madinier, orgulloso de su éxito-. Por esta parte no hay nada más que ver.

ZOLA, Emile. *La Taberna*. Madrid: Ediciones Cátedra, S.A., 1996, pp. 123-131

La publicación de estos fragmentos de la obra *La Taberna*, traducción de Francisco Caudet, ha sido posible gracias a la autorización de Ediciones Cátedra, S.A.

**Nota:** Se han suprimido todas las notas a pie de página del fragmento reproducido.